

ÉPICA EUROPEA Y NOVELA ARTÚRICA

Selección de textos

CANTAR DE ROLDÁN

-Siglo XII-

Carlomagno, el rey franco, se encuentra en España desde hace siete años y la ha conquistado casi por entero; sólo resiste Zamora, dominada por el almirante musulmán Marsilio. Entre tanto, el ejército carolingio acampa en Córdoba y se inician las deliberaciones para saber qué partido se va a tomar. Roldán, el sobrino del rey, defiende la idea de una guerra hasta la recuperación definitiva de la ciudad. Pero por la emboscada a traición de Ganelón, padrastro del héroe, las huestes sarracenas se abaten en Roncesvalles sobre la retaguardia cristiana y comienza la gran batalla final.

XCIX

Aelroth, el sobrino de Marsilio,
 cabalga ante el ejército contrario,
 con buenas armas, en corcel ligero.
 ¡Cuánta injuria el infiel dice a los francos!
 "Felones, a luchar vais con nosotros;
 quien os debió guardar os ha entregado.
 vuestro rey es un loco, que en los puertos
 os deja: hoy perderá su diestro brazo.
 El monarca y su honor la dulce Francia.
 Nuestro país sosiego tendrá, en cambio".
 Roldán lo escucha -¡oh Dios qué dolor fiero!-;
 con espuelas de oro da al caballo;
 con todo su vigor, un golpe rudo
 el conde descargó sobre el pagano
 el escudo rompió y la loriga,
 en su cuerpo la espada ha sepultado;
 le parte el pecho; le rompe los huesos,
 le separa del dorso el espinazo,
 y con la lanza le arranca el espíritu.
 Vacila al golpe el cuerpo, y del caballo
 cae muerto, conducido por la lanza;
 el cuello infiel en dos está cortado.
 Roldán de hablar no cesa: "Miserable,
 parte, y aprende que el excelso Carlos
 nunca amó la traición y no está loco.
 Obró como valiente al encargarnos
 que los puertos guardásemos. Su gloria
 no ha de perder hoy Francia. Herid, mis francos,
 los primeros herid. La razón nuestra
 es y de estos glotones en agravio".



Los héroes cristianos Roldán y su amigo Oliveros, luchan denodadamente y resisten los primeros asaltos enemigos.

CXI

Roldán recorre el campo de batalla,
llevando a Durendal del puño diestro,
qué bien divide y corta; en los paganos
hizo matanza colosal. ¡Si un muerto
mirareis a Roldán echar sobre otro,
y la sangre bermeja henchir el suelo!
El conde todo en sangre está teñido,
bermeja es su loriga y son bermejós
sus brazos y sus hombros y las crines
del corcel. No descuidase Oliveros
en herir, y tampoco de censura
dignos los Pares son. En el ejército
de Francia todos hieren, todos matan.
Pásmanse, muertos son los sarracenos.

Roldán se niega a hacer sonar su cuerno de marfil para que su tío Carlos acuda en su defensa. Pero cuando los sarracenos van a atacar a los últimos sesenta hombres que rodean a Roldán, este toca el cuerno y el emperador acude en su socorro. Es tarde: Roldán, solo con su espada Durendal frente a muchos enemigos, muere heroica y cristianamente.

CCV

Yace el conde Roldán debajo de un pino;
a la parte de España con templando.
Se pone a recordar miles de cosas:
Las tierras que en su vida ha conquistado;
a su familia y a la dulce Francia,
ya quien debe el sustento, su rey Carlos,
y a los francos que le eran tan devotos.
No logra refrenar quejas y llanto.
No queriendo olvidarse de sí mismo,
perdón pide de nuevo, a Dios clamando:
“Oh, verdadero padre, vos que nunca
mentisteis, vos, señor, que al santo Lázaro
tornasteis a animar, de entre los muertos,
ya Daniel de los leones ensañados
liberasteis, salvad, y salva mi alma,
guardadla de las penas y los daños
que merecen las culpas de mi vida”.

A Dios el guante de su diestra mano
tiende: Gabriel, arcángel, lo recibe.
Roldán su testa apoya sobre el brazo.
Muere el conde Roldán, las palmas juntas.



Dios le manda un querubín y a los santos
Rafael y Gabriel, también con ellos
San Miguel du Péril bajó de lo alto;
entre todos el alma del buen conde
al paraíso llévanla sagrado.



CANTAR DE LOS NIBELUNGOS

-Siglo XIII-

II

En aquel tiempo se criaba en los Países Bajos el hijo de un rey noble,
Siegmund se llamaba su padre y su madre, Siegelind,
En una ciudad rica y fortificada afamada hasta lejanas regiones,
A la orilla del Rhin llamada Canten.

Os diré que este espada, cómo creció con gran belleza.
Siempre estuvo cuidado de toda vergüenza.
El hombre temerario pronto llegó a ser fuerte y de alta fama:
¡Hey, cuán grandes honores ganó en esta tierra!

Siegfried fue llamado el buen espada valiente.
Probaba sus fuerzas con muchos héroes, con valor y ánimo.
Su fuerza o llevaba a muchos países extranjeros:
¡Hey! Cuántos espadas tan hábiles encontró entre los Burgundios.

Antes de que el espada temerario fuera un hombre mayor de eada,
Ya había hecho tantas maravillas con sus manos,
De los cuales uno puede cantar y decir siempre de nuevo;
Mucho tendríamos que callar de él en los días de hoy.

En sus tiempos mejores, en sus días de juventud,
Muchas maravillas se podían narrar de Siegfried.
¡Qué honores florecieron en él y qué bello era su aspecto!
Por eso, con amor, pensaban en él muchas mujeres bellas.

Lo educaron con gran esmero, como era conveniente para él;
Cuánta disciplina y virtud nacieron de su propia alma.
De esto se adornaba el país de su padre,
Que para todas las cosas, lo encontraron tan espléndido.

Ahora estaba tan crecido para cabalgar también a la corte.
Le gustaba verlo a la gente. Muchas mujeres y muchachas bellas
Hubieran querido que él fuese siempre allá.
Muchas lo querían, y de esto se dio cuenta el espada.

Raras veces permitieron que cabalgara el niño sin guardián.
Con preciosos vestidos lo adornaba su madre Siegelind;
También cuidaron de él los sabios concedores del honor:
Por eso podía ganarse tanto a la gente como al país.

Ahora tenía suficientes fuerzas para cargar armas:
Lo que necesitaba para esto, ellos le dieron bastante.
Ya pensaba en pretender a muchas bellas niñas;



Y a ellas hubiera gustado amar al hermoso Siegfried, con honor.

Entonces su padre, Siegmund, avisó a sus vasallos
Que con buenos amigos quería celebrar un banquete en la corte.
Y llevaban las nuevas al país de otros reyes.
A los del país y a los visitantes regaló caballos y vestidos.

A quiénes encontraban, según la tradición de sus padres,
Debían hacerse caballeros; tanto nobles escuderos como jóvenes.
Los invitaban al país para la gran fiesta,
Donde les ciñeron la espada al mismo tiempo que a Siegfried.

Se podrían narrar maravillas de este banquete en la corte.
Siegmund y Siegelind ganaron en este día
Muchos honores por los regalos que dieron con su propia mano:
Por eso se vio a muchos extranjeros, cabalgando hacia su país.

Cuatrocientos jóvenes espadas debían ser vestidos
Junto con el joven príncipe. Muchas muchachas bellas
Se vieron ocupadísimas en la obra: a él querían todas,
Muchas piedras preciosas fijaron las mujeres en el oro.

Las cuales querían coser con galones en los vestidos
De los jóvenes héroes orgullosos. Así era la costumbre.
El anfitrión mandó construir tribunas para muchos hombres valientes,
Para este solsticio, cuando Siegfried ganó el rango de caballero.

Entonces fueron a una catedral muchos ricos vasallos
Y muchos caballeros nobles. Los ancianos hicieron bien
Sirviendo a los jóvenes, como se les había hecho a ellos.
Se divertieron con eso y se alegraron al verlo.

Entonces, cuando cantaron una misa en honor de Dios
Hubo entre la gente una gran aglomeración,
Cuando se ciñeron la espada de caballeros, de acuerdo con el uso caballeresco,
Con tan altos honores no será fácil que vuelva a acontecer.

Se apresuran a encontrar muchos caballos bien enjaezados
Y en la corte de Siegmund se levantó el ruido de torneos
Tan fuerte, que tronaban el palacio y la sala.
Los espadas valientes empezaban un alboroto alegre.

De ancianos y de jóvenes sonaron muchas lanzadas
De modo que el quebrar de las astas sonó en los aires,
Las astillas se vieron volar hasta arriba por la sala.
La diversión miraban las mujeres y los hombres.

El anfitrión pidió que terminasen. Se llevaron los caballos;
También vieron quebrados muchos escudos fuertes allá.



Y también muchas piedras preciosas tiradas en la pradera
De las hebillas del bello escudo: rotas por los golpes.

Entonces sentábanse los invitados, adónde se les designó,
En la mesa, donde mucha comida rica los refrescaba,
Y el mejor vino que les sirvieron en abundancia.
A los paisanos y a los extranjeros se ofrecieron muchos honores.

A pesar de haber ejecutado sus artes durante el día
Los juglares y vagabundos no querían descansar;
Servían por donativos que abundantemente encontraron;
Con eso ganó alabanza todo el país del rey Siegmund.

Entonces el rey mandó que a Siegfried el joven
Se le entregase en vasallaje el país y las fortalezas como él los había recibido antes.
Y dio a sus compañeros de espada con mano generosa:
De modo que estaban contentos del viaje que los había traído al país.

El banquete de corte duraba hasta el séptimo día.
Sieglind, la rica, cuidaba de la costumbre antigua,
Repartiendo oro rojo por amor a su hijo,
Bien ella podía ganar para él con esto el favor de toda la gente.

Al final ya no hubo juglar pobre en todo el país.
Los vestidos y caballos les volaron de las manos
Como si ya no tuvieran que vivir más que un día.
Jamás se vio a gente que obrara con tanta generosidad.

Con honores loables terminaba la diversión.
Y desde este tiempo podía escucharse de los vasallos
Que les gustaría ser súbditos del joven.
Esto no lo pedía Siegfried, el espada noble.

Mientras vivieran todavía Siegmund y Siegelind,
No quería él llevar la corona, el hijo querido por ambos.
Pero quería rechazar magníficamente todo ataque,
Que se temiera a sus países, el espada temerario y bello.

Nadie podía censurarlo. Desde que había recibido las armas,
Raras veces descansó el héroe ilustre.
Sólo trataba de luchar, y su mano fuerte
En todo el tiempo le ganó fama en países extranjeros.



BEOWULF

-Siglo XI-

I**(Versos 126-154)**

Los daneses sufren los ataques de Gréndel durante doce años, impotentes para librarse de él.

Cuando el alba llegó, al venir la mañana,
 el estrago de Gréndel fue descubierto:
 tras la fiesta se oyeron muy grandes quejidos,
 lloroso alboroto. El ínclito rey,
 el egregio señor, se llenó de tristeza;
 asaltóle el dolor, embargóle la pena,
 viendo la injuria del mal enemigo,
 el feroz malhechor. ¡Allá tuvo congoja,
 muy largo pesar! Poca tregua le dio,
 pues hízole luego, a la noche siguiente,
 mayor desafuero: con toda osadía
 atacó y destruyó. ¡Su maldad le incitaba!
 Era fácil de hallar un guerrero que lejos
 tratara de hacerse de un lecho seguro,
 de cama mejor, cuando fue conocida
 y por claras señales muy bien comprobada
 la furia de Gréndel: a salvo se puso,
 en lugar apartado, quien de él escapó.
 Contra todo derecho hostigaba a los hombres
 y vino a ocurrir que quedóse desierta
 la excelsa morada. Aquello duró:
 doce años seguidos sufrió este ultraje
 el señor skilding, su grave infortunio
 y amargo pesar. En tristes cantos
 la nueva extendióse y corrió por el mundo;
 contaban que Gréndel querella con Ródgar
 tenía de antiguo, que dañábale mucho
 con odio y maldad desde tiempo lejano,
 en acoso constante. Él paz no quería

(Versos 194-216)

Beowulf va a Dinamarca para prestarle su ayuda a Ródgar.

El acoso de Gréndel a oídos llegó
 del intrépido gauta, vasallo de Híglak.
 En fuerza excedía este noble varón
 a todos los hombres que vivos entonces
 había en el mundo. Mandóse equipar



un viajero del agua: marchar decidió
 por la senda del cisne en socorro del rey,
 del bravo caudillo al que gente faltaba.
 Bien poco reparo a su marcha pusieron
 los sabios ancianos, aunque era querido:
 a partir le incitaron tras ver los augurios.
 Llevaría consigo el mejor de los gautas
 selectos guerreros, los más valerosos
 que pudo encontrar. Quince marcharon
 al leño del agua: el buen navegante
 resuelto a la costa a su gente llevaba.
 El momento llegó. Al pie de las peñas
 flotaba la nave; animosos los hombres
 saltaron a bordo. Se arrollaban las olas,
 mar contra arena. Los guerreros pusieron
 adentro del barco magníficas piezas,
 brillantes pertrechos. Hiciéronse al mar,
 viaje emprendieron en recio navío.

(Versos 745-833)

Gréndel llega al Hérot y devora a uno de los hombres de Beowulf. Este lucha con Gréndel, que huye herido de muerte tras haber perdido un brazo.

Alargando la mano
 acercóse después al osado señor
 que en su lecho yacía, palpó con su garra
 al heroico Beowulf. Rápido entonces
 alzóse el valiente dispuesto al ataque.
 Allá de inmediato quedó convencido
 el falaz criminal de que nunca en el mundo,
 jamás en la tierra, con otro topó
 que tan fuerte agarrara. Terror espantoso
 le vino en su pecho: con súbita prisa
 invadióle el deseo de huir al fangal
 con los malos demonios. ¡Encontróse con algo
 que nunca hasta entonces allá le ocurriera!
 El pariente de Híglak pensó en las palabras
 que dijo esa tarde: apretando con fuerza,
 en la garra del ogro los dedos rompió.
 El gigante tiraba, el varón no cedía;
 el monstruo famoso trataba de huir,
 procuraba escapar, si posible le fuera,
 a su ciénaga oculta. ¡Su zarpa notaba
 en el puño enemigo! ¡Mal en el Hérot
 le fue en su visita al feroz malhechor!
 Resonaba la estancia; gran miedo tenía
 la gente danesa, los bravos señores
 que el burgo habitaban. ¡Disputábanse ambos



con furia terrible el hermoso palacio!
 Fue gran maravilla que firme la sala
 aguantase el combate, que en pie resistiese
 la excelsa morada; pero fuerte la hacían,
 por dentro y por fuera, tirantes de hierro
 muy bien trabajados. Abundante destrozo
 causó entre los bancos que el oro adornaba
 —así se refiere— la horrible pelea.
 Nunca pensaron los sabios del pueblo
 que nadie en el mundo pudiese dañar
 de tan mala manera la rica mansión,
 la adornada con cuernos, si no era prendida
 y quemada en las llamas. Poderoso y extraño
 se oía un rugido. Era mucho el espanto
 de todos los hombres del pueblo danés
 que afuera del muro escuchaban los gritos,
 el lamento del ogro enemigo de Dios,
 su canción de derrota, el quejido doliente
 del ser infernal. Agarrábalo firme
 el varón cuya fuerza ninguno igualaba
 de todos los hombres que entonces vivían.
 Decidido se hallaba el señor de guerreros
 a hacer que muriese el voraz visitante;
 no creía que a nadie trajera provecho
 el que vivo quedase. En torno a Beowulf
 sus bravos blandían las viejas espadas
 queriendo salvar de peligro a su jefe,
 al famoso señor, si posible les fuera.
 Mas aquellos vasallos de recio coraje,
 que por todos los lados poníanle acoso
 al dañino enemigo, no hallaban la forma
 de herirlo de muerte: al torvo proscrito
 espada ninguna que hubiese en el mundo,
 ni el hierro mejor, abatirlo podía,
 pues él con su magia hechizaba las armas,
 sus filos de guerra. El destino, no obstante,
 ordenó que este día su fin le llegase
 al feroz malhechor y por siempre se hundiera
 en el reino infernal de los malos demonios.
 Allá comprendió el que tantas desgracias
 le había causado con gozo perverso
 al género humano —oponíase a Dios—
 que poco su cuerpo aguantarle podría;
 por la mano atrapado tenía el bravo,
 el pariente de Híglak. ¡Cada uno del otro
 la muerte buscaba! Dolor espantoso
 el monstruo sintió: ahora en el hombro
 un hueco mostraba; los tendones saltaron,
 rompiósele el hueso. Fue de Beowulf



la gloriosa victoria. Herido de muerte
Gréndel huyó a su ciénaga oculta,
a su torva guarida; claramente veía
que al término ya de su vida llegaba,
al fin de sus días. El fiero combate
acabó con las penas del pueblo danés.
Salvó de este modo el de lejos llegado,
animoso y prudente, la sala de Ródgar,
la libró de enemigos. Satisfecho quedó
de su hazaña nocturna. El príncipe gauta
cumplió su promesa a la gente skildinga,
así terminando con todos los males
y horribles desgracias que antaño sufrieron,
las grandes injurias que mucho agobiaron
al pueblo danés.



PERCEVAL O EL CUENTO DEL GRIAL

Chrétien de Troyes

-1180-

Con el Rey Pescador (vs. 2976-3421)

Durante todo el día siguió su ruta, sin encontrar criatura terrena ni cristiano ni cristiana que sepa indicarle el camino. Y no dejaba de rogar a Nuestro Señor el Padre Soberano que le otorgase encontrar a su madre llena de vida y salud, si así lo quiere Su voluntad. Y aún duraba esta plegaria cuando vio, al pie de una colina, un río cuyas aguas rápidas y profundas contempla. Sin osar meterse dentro, dijo:

-¡Ah, Señor Todopoderoso! Si pudiera atravesar estas aguas, creo que hallaría a mi madre al otro lado, en caso de que esté viva.

Así va, pues, siguiendo la ribera hasta que se acerca a una peña, que, como estaba al borde del río, le impedía seguir avanzando. Entonces vio que de arriba venía una barca siguiendo la corriente y descendiendo por el río, en la cual había dos hombres. Se detiene, aguardando, porque cree que seguirían navegando hasta llegar a su altura. Pero se detuvieron en mitad del río y allí quietos se quedaron, porque habían anclado firmemente. Y el que estaba delante iba pescando con caña y cebaba el anzuelo con un pececillo apenas más grande que una palometa. Él, que no sabía qué hacer para encontrar un buen vado, les saluda y pregunta luego:

-Decidme, señores, si sobre estas aguas hay algún puente.

Y el que estaba pescando le contesta:

-No hay ninguno, hermano, a fe mía, ni hay barca, según creo, mayor que esta que llevamos, que no podría con cinco hombres. En veinte leguas para arriba y para abajo no se puede pasar a caballo, porque no hay balsa ni vado ni puente.

-Decidme entonces -dice él- dónde podría encontrar posada.

Y le responden:

-Supongo que de eso y de otras cosas tendréis necesidad. Yo os albergaré esta noche.

Subid por esa quebrada que hay hecha en la roca y cuando estéis arriba veréis ante vos, en una vaguada, la casa donde moro, próxima al río y cerca del bosque.

Él se fue de inmediato hacia arriba, y cuando llegó a la cumbre del cerro, miró hacia todos lados sin ver más que cielo y tierra, y dijo:

-¿Qué he venido a buscar aquí? Engaños y necedades. Dios le dé mala vergüenza al que me envió hasta aquí. Pues sí que me ha indicado bien, diciéndome que encontraría una casa en cuanto llegara a lo alto. Pescador que tal me dijisteis, muy gran deslealtad habéis hecho, si me lo decías con mala idea. Entonces vio aparecer, cerca de él, en un valle, la cabeza de una torre.

No se encontraría de allí a Beirut ninguna tan bella ni tan bien plantada. Era cuadrada, de piedra gris, y tenía dos torretas a los lados. La sala estaba delante de la torre, y las galerías delante de la sala. El muchacho recorrió la distancia diciéndose que aquel que allí le había enviado le había encaminado bien, y va alabando al pescador, dejando de llamarle traidor, desleal y embustero, en cuanto encuentra donde albergarse. Llega a la puerta y atraviesa el puente levadizo que allí encontró. Por el puente ha entrado y ya se dirigen hacia él cuatro pajes que le desarman. El tercero se lleva al caballo para darle heno y avena, el cuarto le cubre con un manto nuevo de viva escarlata, y luego le conducen hasta las galerías. Sabedlo bien: por mucho que uno



buscara desde allí hasta Limoges no encontraría ni viera unas tan hermosas. El muchacho aguardó allí hasta que el señor le mandó venir, enviándole dos servidores. Y acompañado por ellos fue hasta la sala, que era cuadrada, tan larga como ancha.

En el centro de la sala vio echado en una cama a un amable prohombre de cabellos entrecanos, con la cabeza cubierta por un bonete de cebellinas negras como moras, recubierto de púrpura por arriba, y así toda su ropa. Se apoyaba en el codo, y ante él, entre cuatro columnas, ardía claramente un fuego de leña seca. Bien podrían haberse reunido cuatrocientos hombres en torno al fuego, y hubieran estado cómodos. Las columnas eran muy fuertes, porque sostenían una larga y alta chimenea de bronce macizo. Ante su señor se presentan los que conducían al huésped, uno a cada lado, y cuando éste los ve llegar le saludó y dijo:

-Amigo, no se moleste si no me levanto para recibirlos, pues no me puedo valer.

-Por Dios, señor, no me incomodo en absoluto, así Dios me dé alegría y felicidad.

El prohombre es tan solícito con él que se levanta todo lo que puede y dice:

-Amigo, acercaos sin preocuparos por mí; sentaos a mi lado, os lo ordeno.

El muchacho se ha sentado junto a él, y el prohombre le dice:

-Amigo, ¿de dónde venís hoy?

-Señor -dice él- esta mañana salí de un lugar llamado Belrepeire.

-Así Dios me guarde -dice el prohombre-, habéis hecho hoy una jornada demasiado larga. Sin duda partisteis antes de que el vigía hubiera tocado al alba.

-Ya había tocado hora de prima, os lo aseguro -dice el muchacho.

Y así estaban conversando cuando entra un paje por la puerta llevando una espada colgada del cuello, y se la entrega al rico hombre. Este la desenvaina hasta la mitad, de modo que se vea bien dónde fue forjada, porque en ella estaba escrito. Y venía también escrito que estaba hecha de tan buen acero que nunca podría romperse sino en determinada circunstancia que nadie conocía salvo aquel que la había forjado y templado. El paje que la había traído dijo:

-Señor, la rubia doncella, vuestra hermosa sobrina, os envía este presente. Nunca visteis algo tan bello, por el largo y la anchura que tiene. Se la daréis a quien os parezca mejor, pero mi señora recibiría gran contento si fuera bien empleada por aquel a quien le sea entregada. El que forjó esta espada no hizo más que tres, y morirá sin haber hecho ninguna otra después de esta.

Al punto el señor ciñó por el tahalí la espada, que valía un tesoro, al que allí dentro era un forastero. El puño de la espada era de oro, del mejor de Arabia o de Grecia, y la vaina de orifrés de Venecia. Tan ricamente adornada se la dio el señor al muchacho, y le dijo:

-Buen hermano, esta espada fue reservada y destinada, y tengo muchos deseos de que la poseáis, pero ceñíosla y desenvainadla.

Él le da las gracias, y la ciñe, sin apretarla mucho, y luego la saca desnuda de la vaina, y después de mirarla un poco, vuelve a meterla dentro. Sabed que le sentaba muy bien en el costado, y mejor aún en el puño, y bien pareció que en caso de necesidad sabría valerse de ella como barón. Vio unos pajes detrás del fuego que claramente ardía, y reconociendo al que guardaba sus armas, le encomendó la espada, y este la guardó. Luego volvió a sentarse junto al señor, que gran honor le hacía. Había allí dentro una iluminación tan fuerte como la que dan las candelas de un albergue, y mientras hablaban de unas y otras cosas, salió un paje de una cámara trayendo empuñada por el centro una blanca lanza, y pasó entre el fuego y los que estaban sentados en el lecho. Todos los que estaban allí veían la lanza blanca y el blanco hierro, de cuyo extremo manaba una gota



de sangre bermeja. Hasta la mano del paje rodaba aquella gota de sangre bermeja. El muchacho recién llegado aquella noche ve este prodigio, pero se abstiene de preguntar cómo puede suceder tal cosa, porque recordaba la advertencia que le había hecho el caballero que le enseñó y aleccionó a cuidarse de mucho hablar. Cree que si lo pregunta le considerarán necio, y por eso no inquirió nada.

Entonces vinieron otros dos pajes llevando en sus manos candelabros de oro fino, trabajado con nieles. Los pajes que llevaban los candelabros eran muy hermosos. En cada candelabro ardían diez candelas por lo menos. Una doncella, hermosa, gentil y bien ataviada, que venía con los pajes, sostenía entre sus dos manos un grial. Cuando hubo entrado con el grial que llevaba surgió tal resplandor que al instante perdieron su claridad las candelas, así como les ocurre a las estrellas cuando se levanta el sol o la luna. Detrás de esta vino una que llevaba una bandeja de plata. El grial, que iba delante, era de fino oro puro, y tenía piedras preciosas de muchas clases, de las más ricas y caras que se hallan en la tierra y el mar. Las del grial superaban sin duda alguna a todas las demás piedras. Del mismo modo que había pasado la lanza, por delante del lecho pasaron, y desde una cámara entraron en otra. Y el muchacho los vio pasar, y no osó preguntar a quién se servía con el grial, pues siempre tenía en el corazón las palabras del sabio prohombre. Temo yo que esto le perjudique, porque he oído decir que tanto puede uno excederse hablando como callando. Si ha de venir bien o mal por esto, ni yo lo sé ni él lo pregunta. El señor ordena a los pajes dar el agua y poner los manteles, y estos hacen lo que debían y tenían costumbre de hacer. El señor y el muchacho se lavaron las manos con agua templada. Dos pajes trajeron una amplia mesa de marfil, y la historia atestigua que era de una sola pieza. La mantuvieron en vilo un momento delante del señor y del muchacho hasta que llegaron otros dos pajes trayendo dos caballetes cuya madera poseía dos grandes virtudes, ya que era ébano, una madera de la cual nadie teme que se pudra o se queme, pues no le afecta ninguna de estas dos cosas, por lo que sus piezas duran siempre. La mesa fue colocada sobre estos caballetes, y sobre ella se puso el mantel. ¿Pero qué podría decir del mantel? Ni legado ni cardenal ni papa comieron nunca encima de uno tan blanco. El primer plato fue una pierna de ciervo con salsa de pimienta picante. No les faltó vino claro y suave al paladar para beber, servido en copas de oro. Un paje trinchó la pierna de ciervo a la pimienta que había colocado sobre la bandeja de plata, delante de ellos, y puso los trozos sobre un pastel al que no le faltaba nada. Y mientras tanto el grial volvió a pasar delante de ellos, y el muchacho no preguntó a quién servían con él. Por el prohombre que tan dulcemente le había aconsejado se contuvo, porque le recuerda siempre en su corazón. Pero calla más de lo que le conviene, porque a cada plato que servían volvía a ver pasar ante él el grial, completamente descubierto, y no sabe a quién sirven con él, pero desearía saberlo. En verdad que ha de preguntárselo, se dice a sí mismo, a uno de los pajes de la corte, antes de marcharse; aunque esperará hasta la mañana siguiente, cuando se despida del señor y su mesnada. Así ha pospuesto el asunto, y se ocupa de comer y beber. No son escasos los vinos y los platos que se sirven en la mesa, y son buenos y gustosos. La comida fue buena y sabrosa, y aquella noche el prohombre y con él el muchacho fueron servidos con manjares propios de reyes, condes y emperadores. Después de comer permanecieron juntos conversando y velando, y los pajes prepararon las camas y las frutas, de las cuales había algunas muy preciadas: dátiles, higos, nueces moscadas, clavos, granadas, y finalmente lictuarios: ginebra alejandrina, además de pliris arconticón, resumptivo y estomacón. Después de esto tomaron varias bebidas: pigmento sin miel ni pimienta, vino añejo de moras y claro sirope. Al muchacho todo esto le admira, pues lo desconocía. Y el prohombre dijo:



-Buen amigo, ya es hora de acostarse esta noche. Me iré, si no os molesta, a descansar en mi cámara; y vos, cuando lo deseéis, acostaos aquí fuera. No tengo ningún poder sobre mi cuerpo y será preciso que me lleven.

Cuatro sirvientes ágiles y fuertes salieron entonces de la cámara, asieron de las cuatro esquinas de la colcha que estaba extendida sobre el lecho donde yacía el prohombre y se lo llevaron donde debían. Con el muchacho quedaron otros cuatro pajes que le sirvieron y ayudaron en todo lo que necesitó. Cuando él así lo quiso le descalzaron y desvistieron y le acostaron en blancas y delgadas sábanas de lino. Y durmió hasta la mañana siguiente, cuando quebró el alba del día y la mesnada se hubo levantado; pero cuando miró a su alrededor no vio a nadie por allí y por mucho que le desagradara tuvo que levantarse solo. Cuando ve que debe hacerlo solo, se levanta y se calza sin esperar ayuda y luego va a buscar sus armas, que encontró en lo alto de una escalera donde se las habían dejado. Cuando hubo armado convenientemente todos sus miembros, fue a las entradas de las cámaras que por la noche había visto abiertas, pero en vano las recorre, porque las encuentra bien cerradas. Llama, golpea y empuja mucho: nadie le abre ni le contesta. Después de llamar bastante, va a la puerta de la sala, que encuentra abierta, y recorre todos los peldaños hasta abajo, donde encuentra ensillado a su caballo y ve su lanza y su escudo apoyados contra el muro. Entonces monta y va por todas partes buscando, pero no encuentra a hombre vivo ni ve pajes ni escuderos, por lo que se va derecho hacia la puerta, donde encuentra el puente bajado, que así se lo habían dejado para que nada le detuviese viniera a la hora que viniera, y que lo pasara sin demoras. Se imagina que todos los pajes se han ido al bosque, por el puente que ve echado, a comprobar sus lazos y sus trampas. Se dice que irá en su busca para ver si alguno de ellos le dice por qué sangra la lanza, si se trata de alguna pena, y adónde se lleva el grial. Sale, pues, por el medio de la puerta, pero antes de terminar de cruzar el puente sintió que las patas de su caballo se elevaban muy alto, y su caballo dio un gran salto. Si no hubieran saltado tan diestramente, lo mismo el caballo como el que lo montaba, habrían salido muy mal parados.

El muchacho volvió la cabeza para ver lo que había pasado. Llama, pero nadie le responde.

-¡Eh, tú, el que has levantado el puente, háblame! ¿Dónde estás que no te veo? Acércate para que te vea, porque quiero preguntarte otras cosas que deseo saber.

Así habla, inútilmente, pues nadie quiere responderle.

